

Globethics Repository

The logo for Globethics, featuring the word "Globethics" in white, sans-serif font centered within a solid blue rectangular background.

«Christus Sedeas»

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Pikaza, Xabier
Publisher	Ediciones Encuentro
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-07-09 10:53:02
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/213340

estudios

«Christus Sedens». Aproximación hermenéutica

por
Xabier Pikaza

La fórmula empleada en español —Cristo sentado— acaba pareciendo dura. ¿Qué intentamos indicar con ella? ¿cómo armonizar esa palabra con el texto precedente donde el Credo afirma que Jesús nació, murió, resucitó? Parece que de pronto cambia hasta el estilo narrativo; se abandonan los verbos de pasado histórico y se emplea una palabra de presente: en el momento actual Jesús está sentado. De los problemas, carácter y sentido dialogal de esa sesión (= estar sentado) a la derecha de Dios Padre trata lo que sigue.

Problemática

Sobre la acción y la presencia del Señor resucitado el NT ofrece diferentes concepciones: Jesús está presente entre los suyos hasta el día en que los tiempos se realicen (Mt 28, 20); es cabeza que sostiene y endereza el cuerpo de la iglesia (tradición paulina), vida y luz que alumbra a los creyentes (Juan). Pues bien, al lado de esas perspectivas, la dogmática cristiana ha resaltado de manera constante y uniforme una visión que, enraizada en el AT (Sal 110,1), habla del Cristo como el redentor que, consumado su camino de entrega, toma asiento, en ámbito celeste, a la derecha de Dios Padre, en gesto que, a través del envío del Espíritu, anticipa el juicio de la historia. Cuatro son los problemas que, conforme a mi opinión, emergen de esta perspectiva.

El primero es el *sentido de la acción*. ¿Qué significa humanamente estar sentado? Tomado de manera estricta, el gesto de sentarse resulta algo específicamente humano. Los animales se sostienen sobre las extremidades, andan, se agazapan o se acuestan. Algunos pueden sentarse físicamente, pero lo hacen de manera sólo material: no liberan las manos para el gesto de la comunicación y

el mando, no escogen una sede o asiento que enfatice y defina el sentido de su gesto. Situada en su más honda perspectiva, la acción de sentarse pertenece a la historia de la cultura propia de los hombres. En relación a esto debemos añadir que sólo el hombre puede mantenerse formalmente de pie, como mamífero erecto, liberando sus manos para el trabajo y su cerebro para el pensamiento; ciertamente, hay momentos en que debe acostarse, retornando de ese modo a sus raíces de animalidad, en actitud de agotamiento, enfermedad o sueño. Pues bien, sólo del hombre se puede afirmar que como mamífero erecto aparece, al mismo tiempo, como animal que se sienta; de esa forma desarrolla un gesto específicamente distinto y humano de descanso, convivencia, autoridad o profundización pensante.

Por eso, cuando el Credo dice que Jesús «está sentado» le presenta de manera concreta como humano: le sitúa en la tradición de los reyes y faraones que se sientan para imponer su majestad y organizar la vida de los súbditos; le coloca en la línea de los grandes magistrados y maestros que toman asiento para juzgar y enseñar a los discípulos. También se sientan los amigos, familiares y hermanos para compartir la alegría y fiesta de la vida. Pues bien, Jesús resucitado se sienta, destacando así sus rasgos propios de hombre. Desde ese fondo antropológico, la acción de sentarse (estar sentado) adquiere resonancia y hondura teológica, sirviendo así para penetrar mejor hasta el misterio original de lo divino. Del mismo Dios se dice que se encuentra sentado sobre un trono de gloria y poderío. Sobre ese mismo trono de Dios se sienta ahora Jesús-hombre, el Señor glorificado. Una vez que hemos llegado aquí se agolpan las preguntas: ¿dónde está, desde cuándo, con quién, por qué se halla sentado? Para responder en parte a esas preguntas exponemos lo que sigue.

La pregunta por el dónde nos conduce hasta el *espacio* de sesión del Cristo. Hechos 2, 33-34, reasumiendo una de las tradiciones más antiguas de la iglesia, dice que Jesús «habiendo sido elevado» se sentó. Al hablar de elevación evoca la existencia de un espacio superior, de un campo de ser o realidad más alta y más profunda en la que viene a reflejarse lo divino. Inmediatamente surgen las preguntas: ¿no habremos separado a Jesús de nuestra tierra? ¿no creamos de esa forma un tipo de geografía mítica que acaba por hacernos incapaces de entender el ser de lo divino? Las preguntas son antiguas: ¿lo divino ha de encontrarse fuera? ¿se halla dentro, en lo más hondo de la vida, del camino y del espacio de la tierra? Ahora no puedo responder a esas cuestiones. Sólo quiero indicar que la palabra empleada por el Credo (se sentó) nos lleva hasta el nivel de aquello que podríamos llamar «topía» a quizá mejor «prototopía», esto es, espacio original o campo de sentido que emerge en el encuentro de Dios y de Jesús, en medio del camino de los hombres. Para hablar de Dios tendremos que trazar un campo nuevo de ser y realidad que no está fuera sino al fondo del espacio humano.

Ese espacio no se puede separar del *tiempo*. ¿Desde cuándo y hasta cuándo dura el gesto de Jesús sentado? Hebreos 1, 3 puede ofrecernos un primer acercamiento: «Después de realizar (el gran sacrificio expiatorio de) la purificación de los pecados...» se sentó a la derecha de la Majestad, en las alturas. El ascenso espacial viene a mostrarse como plenificación histórica: se ha cumplido el tiempo, el pecado de los hombres se ha borrado, Jesús se ha introducido en el misterio de la Majestad, en lo divino. También en esta perspectiva surgen las preguntas: ¿tenemos que salir del tiempo para introducirnos en la eternidad? ¿hemos traspasado ya las puertas del futuro? ¿cuál es el sentido de ese tiempo de Jesús que está sentado? ¿está en la intemporalidad de un logos-palabra supracósmica? ¿ha llegado al cumplimiento de la historia? En este contexto podríamos hablar no de la «ukronia» (atemporalidad) sino de la «protokronía» o temporalidad fundante de Jesús, el Cristo.

Surge luego un cuarto problema: ¿con quién se ha sentado Jesús? Un hombre puede sentarse en solitario para descansar, mandar, juzgar. Entonces está solo o tiene a los demás delante, separados de su sede, en actitud de sumisión o escucha reverente. Pues bien, existe una manera más perfecta de sentarse que se da en amistad y celebración y exige compañía. La riqueza y calidad de esa sesión está en la importancia de los acompañantes. Por eso, nuestro texto añade: «a la derecha de Dios Padre».

Así tenemos un espacio-tiempo que se han personalizado. Tenemos un ámbito de ser que es compartido, un espacio de comunicación que ha brotado en el tiempo del encuentro dialogal de Cristo con el Padre. Tenemos un tiempo de comunión que se realiza a través del engendramiento (Jesús nace del Padre), la respuesta (cumple su voluntad) y la plenificación (ambos se sientan en diálogo efectivo y afectivo, en actitud fundante, suscitando el verdadero espacio o topos para el ser del hombre).

Al llegar aquí se forman de nuevo las preguntas: ¿cómo hablar de un Jesús-hombre que se sienta a la altura de Dios-Padre? ¿cómo pueden encontrarse unidos los dos para que surja un tiempo-espacio compartido de verdad y de existencia? ¿no habrá en todo lo que aquí exponemos un residuo de pura mitología? Pues bien, si miramos más al fondo descubrimos un problema de lenguaje. Lo que está en juego es la misma posibilidad de hablar de Dios. El Credo de la iglesia responde afirmativamente: podemos hablar de Dios en un lenguaje personal, utilizando fórmulas de encuentro; sólo en esa perspectiva se explicita lo divino y puede iluminarse el enigma de lo humano. Con esto superamos el esquema de la mitología, que consiste en mundanizar ingenuamente lo sagrado y empleamos un lenguaje de encarnación: Dios mismo ha asumido la historia y realidad humanas. Por eso puede hablarse de Dios en términos humanos (el Hijo de Dios se sienta...); por eso puede hablarse del hombre en términos divinos (Jesús se encuentra a la derecha de Dios Padre).

Según esto, la extrañeza de la imagen de «Cristo sentado» debe mantenerse. Lo que importa no es un cambio de palabras. No se trata de encontrar otros conceptos más precisos, hondos y adecuados, de carácter existencial o trascendente. No debemos cambiar el lenguaje sino profundizar en su sentido. El Credo no se expresa en términos de tipo filosófico que puedan evocar la acosmicidad de Dios (su atemporalidad supraespacial). El credo se presenta como símbolo; y en términos simbólicos, enraizados en la profundidad de lo humano y sostenidos por la realidad de la encarnación, nos habla de Dios con palabra de historia y vida de la tierra.

El Credo explicita eso que podríamos llamar la humanidad e historia de un Dios que sólo así (encarnándose) puede ser y es divino y trascendente de hecho. Por eso no aparece en términos de pura negatividad teológica, es decir, en forma sólo negativa; tampoco nos habla en palabras de simple narración lineal en la que todo tiene causa, meta y fundamento inmediatos. El Credo se ha expresado como narración quebrada: cuenta la historia de Jesús, pero la entiende desde un Padre trascendente (creador) y la dirige hacia una meta de plenificación que rompe el discurso ordinario de la historia, al tratar de la sesión de Jesús a la derecha del Padre y del juicio escatológico que viene.

A nuestro parecer, la palabra de sesión ha de entenderse desde el centro de un proceso quebrado que presenta estos momentos. a) El Padre trascendente se introduce por Jesús en nuestra historia: le genera como Hijo eterno, haciéndole nacer entre nosotros. b) Jesús realiza su vida desde el Padre, dentro de este mundo, en gesto de fidelidad, de entrega por los otros, de confianza hasta la muerte. c) El proceso viene a culminar, se ratifica y universaliza en el momento en que Jesús, sentado a la derecha del Padre, es decir, realizado su camino y habiendo sido recibido en el misterio de amor a lo divino, envía el Espíritu, fundamenta y sostiene la historia de los hombres (Cf Hech 3, 32-35). Pero con esto venimos al tema siguiente.

Polivalencia significativa

Conforme a lo anterior, los principios que empleamos en esta aproximación hermenéutica son dos: destacamos, por un lado, el valor simbólico (supraracional) del lenguaje primigenio, sobre todo en plano religioso; por otro resaltamos la singularidad de la historia de Jesús interpretada como lugar de revelación y presencia de Dios. Esa historia viene a desvelarse como espacio de ruptura y manifestación teológica: el discurso ordinario se quiebra, emergiendo un orden diferente de verdad que es lo divino. Esa emergencia nos permite comprender mejor los planos de aquello que podríamos llamar la multiplicidad significativa de la sesión de Jesús: se asienta para descansar, reinar, juzgar, celebrar el banquete escatológico.

Está sentado para descansar. Hay en el gesto del estar sentado un rasgo específicamente humano en que se implican elementos de cansancio, ratificación del trabajo realizado, apertura al diálogo, comienzo de algo nuevo. Así aparece desde antiguo el tema del hombre que ha cumplido su tarea y que, al caer la tarde, toma asiento (*su* propio asiento) para descansar delante o dentro de la casa, recibiendo allí a los familiares, amigos, conocidos. De manera semejante se sentó Jesús en el brocal del pozo antiguo de Siquén, al borde del camino fatigoso (cf Jn 4, 5-6). Ahora lo hace en su sede final, pues el camino precedente ha sido largo y ha llegado a la meta de su vida. Está sentado como un hombre que se alegra por la obra bien trazada y realizada; está sentado porque quiere mantener, plenificar todos los pasos anteriores de su marcha. En este aspecto, Hebr 10, 12 interpreta la sesión del Cristo a partir de una actitud de permanencia: sostiene ante el Padre lo que ha sido su esfuerzo de sacrificio y entrega por los hombres, ofrece su sangre derramada, ratifica su obediencia. El pasado de su vida y de su muerte ha sido bueno, duro y esforzado. Jesús lo ha culminado y quiere mantenerlo; por eso se sienta.

Pero la sesión ofrece al mismo tiempo un rasgo de creatividad humanizante: Jesús ha suscitado un ámbito de vida y compromiso en el camino de los hombres: les ofrece un tiempo para ser, abriéndoles a la libertad, garantizándoles compañía, enriqueciéndoles con su Espíritu. Desde esa perspectiva, es importante señalar que Jesús está sentado y no acostado: vela por los suyos y no duerme; se interesa por los hombres y no olvida. No ha pasado por la tierra para abandonarla en desamparo. Ha pasado para estar por siempre entre los suyos; por eso se ha sentado en la ribera, sosteniendo desde allí el camino de los hombres en el mundo, disponiéndose a acogerles, escucharles, ayudarles a la hora en que la tarde ya decae.

Está sentado para reinar. No escapa y se refugia en la ribera opuesta. Al contrario, Cristo afirma su trono en el centro del campo de batalla y vida de los hombres. Allí se sienta con autoridad suprema, no para imponer su voluntad en forma coactiva sino para ayudar y sostener, animar y potenciar a cada uno de los suyos en la marcha fatigosa de la vida. Sentarse significa aquí reinar. El trono es signo de poder y majestad. La actitud del que se sienta ofrece un rasgo de plenitud y de grandeza.

Al llegar aquí sentimos que el mensaje de Jesús se ha transformado. Cuando andaba en los caminos de la tierra prometía el reino como don escatológico de Dios. Ahora, tras la Pascua, se ha sentado sobre el mismo trono de ese reino. Por eso, los creyentes nos postramos ante el brillo de la gloria del Señor resucitado que, a la diestra de Dios Padre, es principio de verdad, sentido y garantía en la existencia de los hombres y en la misma consistencia de las cosas (Cf Ef 1, 20; Hebr 1, 3).

Jesús personifica y configura la realeza de Dios como Señor. Así se indica al

afirmar que se ha sentado «a la diestra del Poder» (Cf Mt 26, 42), como indicando, actualizando y concretando la majestad creadora del Padre. Jesús no reina en gesto de violencia destructora ni por medio de un dominio sobre el campo destrozado de la historia; Jesús reina suscitando camino, cercanía, y amor desde el misterio de Dios, en el mismo fundamento de la vida de los hombres. Eso es lo que viene a indicarse al afirmar que está sentado, como rey que ejerce su función de una manera imponente y cercana, respetuosa y creadora.

También está sentado para juzgar. El Credo, manteniendo la división catequéticamente ilustrativa e históricamente precisa que despliega Lucas, distingue entre sesión («está sentado») y juicio («de allí vendrá para juzgar»). Originalmente, los dos planos se encuentran bien entrelazados. Así lo ha señalado uno de los textos más antiguos de la tradición evangélica: «vereis al Hijo del Hombre sentado a la derecha del Poder (de Dios) y viniendo entre las nubes del cielo» (Mc 14, 62 y par). Con esto se alude a la venida judicial. El que se acerca es evidentemente el juez: viene sentado, sobre el trono de la gloria (cf Mt 25, 31) que es el trono del juicio de la tierra.

En este contexto podemos recordar la tradición original del magisterio: Jesús acostumbraba a sentarse para impartir de esa manera su palabra (Cf Mt 13, 1.15.29; cf también Ap 3, 21). Conforme había sido su enseñanza así es el juicio. Por eso, los que estaban con él en el momento de la siembra, transmitiendo su palabra (cf Mt 28, 18-20) vendrán a acompañarle en el momento de la siega; la cátedra del magisterio se habrá transformado en sede de juicio (cf Mt 19, 28). Por el mismo hecho de estar sentado como Kyrios triunfante, Jesús viene a realizar el juicio: discierne el sentido de la realidad, plenifica el camino de entrega de los hombres, sirve de signo de condena para aquellos que quieren destruirse, destruyendo así el sentido de su vida.

Finalmente, Jesús está sentado para celebrar. La palabra griega que se emplea es diferente en cada caso: *Kathēsthai* (sentarse) y *anakeisthai, anaklinein* (recostarse). Pero al fondo hay un contexto común y ahora queremos brevemente resaltarlo. El evangelio conoce y testifica la felicidad de aquellos que participarán en el banquete del reino (cf Lc 14, 15), viniendo de los cuatro puntos cardinales y sentándose a la mesa con Abraham y los patriarcas (cf Mt 8, 11 y par). Al final de su camino sobre el mundo, Jesús ha celebrado con los suyos un banquete, ofreciendo cuerpo y sangre por los hombres y anhelando la llegada de la nueva y decisiva comida escatológica (cf Lc 22, 14-20). Pues bien, parabólicamente esa comida ya ha sido inaugurada: Dios celebra el gran banquete de las bodas (del triunfo) de su Hijo; la mesa está servida, el Cristo ya sentado; sólo falta que los hombres acepten la llamada y se dispongan a tomar su puesto con el traje nuevo que conviene a este convite (cf Mt 22, 1-14).

Conforme a esta palabra, la sesión de Jesús nos introduce, más allá del rei-

no de este mundo y de su juicio, en el misterio originante y en la meta misteriosa de la historia, donde el mismo Dios se expresa en forma de banquete de amor. En este aspecto debe hablarse, al mismo tiempo, de banquete y bodas. Jesús ya no se sienta para descansar-reinar-juzgar; está sentado, recostado, simplemente para amar y compartir, abriendo un espacio de transparencia, comunicación y encuentro para todos los hombres de la tierra. Sentarse es, según eso, vivir la plenitud de la existencia; sentarse es expresar el propio ser, llegar hasta las fuentes de la vida, compartiendo el amor con los demás; en gesto de gracia y donación abiertas.

Sentido dialogal. A la derecha del Padre

Al situarnos en esta perspectiva, la sesión de Jesús nos ha llevado, desde el centro de la historia del mundo donde ha muerto fatigado y donde reina y juzga con autoridad amorosa, hasta el mismo corazón de la historia de Dios: Cristo está sentado a la derecha del Padre, compartiendo en intimidad el misterioso ser de lo divino, abriendo un espacio de realidad común, fundando un tiempo de gracia, entrega y plenitud para los hombres.

Jesús *está sentado en compañía*. Ciertamente, como hizo ya sobre la tierra, acoge a su vera y en su mesa a todos los que quieran escucharle, respondiendo a la voz de su llamada (cf Mt 22, 1 ss). Sin embargo, en la hondura de su gesto de sesión emerge otra presencia, otra palabra: el Padre. Sólo al remontarnos a esa altura descubrimos de manera plena el carácter compartido del sentarse. Nadie puede sentarse hasta el final ante su puro pensamiento; carece de sentido una sesión estrictamente a solas. El mismo término sesión ha recibido en castellano un contenido de acción comunitaria que se expresa de manera ejemplar, fundamentante en Jesucristo: Cristo se ha sentado en diálogo de intimidad y plenitud a la diestra de Dios Padre; de esa forma ha suscitado un ámbito de vida compartida para todos aquellos que le buscan.

Precisemos estas afirmaciones a partir del mismo Credo. Las fórmulas primeras de la Confesión de Fe decían: «creo en Dios Padre» y «creo en Jesucristo, su Hijo, nuestro Señor». El Padre, creador, manifestaba la hondura de su ser al engendrar a Jesucristo, el Hijo, sosteniendo su camino y acogiéndole en su muerte, es decir, resucitándole. Jesucristo, el Señor, aparecería en su más honda verdad como surgiendo de Dios Padre y entregándole la vida. Pues bien, ahora se sientan los dos ante una mesa, en trono compartido, cara a cara, frente a frente. Así unidos, en sesión compartida de amor, constituyen el principio y la medida de toda realidad: son cimiento, garantía, son modelo, amor fundante y meta creadora de toda la existencia. Solamente ahora podemos definirlos, como Padre y como Hijo, en mutua relación y compañía: les vincula un mismo

trono, les una la misma esencia (ousía), les compromete la misma historia realizada. Por eso aparecen juntos, precisamente cuando el Credo va a tratar del juicio (sentido de la realidad), para ocuparse finalmente del misterio del Espíritu Santo, interpretado como aquella misma vida compartida, aquel amor participado que les une hacia dentro y les impulsa hacia una misma acción liberadora en el camino de la historia.

Con esto, de manera imperceptible, hemos pasado del culmen de la historia de Jesús entre los hombres (fatigarse, reinar, juzgar) a la historia interna de Dios. Pienso que será oportuno tematizar, al menos en principio, esta perspectiva. Veremos así que la sesión de Jesús no es simplemente un misterio redentor para los hombres; es un momento integrante de la vida y ser de lo divino.

Situada en perspectiva intradivina, la sesión nos lleva al centro del misterio trinitario. En ella culmina y se explicita el proceso generador de Dios: el Padre engendra a Jesús-Hijo, a fin de entronizarlo a su derecha; solamente allí se cumple y plenifica el proceso de generación y puede asegurarse «Dios es Padre». Culmina también la filiación: Jesucristo es Hijo en el transcurso total de su emergencia, como aquel que surge de Dios Padre y realizando su proceso viene a sentarse a su derecha. De esta forma, el mismo ser divino se define como encuentro, esto es, espacio de generación, acogida, entrega mutua. Cada persona sólo tiene realidad en la medida en que existe para, desde y con las otras. Conforme a eso podemos afirmar que la sesión de Cristo-Hijo junto al Padre es un momento integrante del misterio del ser intradivino.

Así tocamos el gran tema de la historia de Dios y de los hombres. Muchas veces se ha podido interpretar nuestro misterio en clave de evasión: Cristo, Pastor santo, deja a su grey en este valle oscuro a fin de introducirse en la seguridad de lo divino (Cf. Fr. Luis de León, *En la Ascensión*). Pues bien, lo que pretende el Credo es algo totalmente distinto: Cristo, eterno Pastor, no se ha evadido; no ha dejado a los hombres perdidos en el suelo. A través de la ascensión, sentado junto al Padre, Jesús ha introducido nuestra historia hasta la entraña del ser de lo divino. Ciertamente, Dios continúa siendo Dios, divino, originario, eterno. Pero es un Dios que ha realizado su proceso original de amor en lo más hondo de la vida y de la historia de los hombres. La humanidad sigue mostrándose finita, es creatura; pero el proceso de su historia, el ser del hombre, se realiza desde el mismo y en el mismo ser de lo divino. En este aspecto, la sesión del Cristo junto al Padre constituye un misterio que se debe interpretar desde una doble perspectiva: es plenitud del camino del hombre-Jesús; es realidad plenificada que pertenece al proceso de amor de lo divino.

Al sentarse junto al Padre, Jesús, Hijo de Dios, ha introducido en el misterio original de Dios todo el camino de la historia de los hombres: Dios ha querido explicitar y desvelar su eternidad en nuestro tiempo; por eso, el tiempo-historia de los hombres tiene hundida su raíz en lo divino. Contando la histo-

ria del hombre Jesús, el Credo expresa la verdad original del Hijo eterno de Dios. Consiguientemente, la sesión del Cristo a la diestra de Dios Padre, constituye un hecho temporal y eterno; pertenece, al mismo tiempo, al ser de Dios y a la palabra-historia de los hombres.

Conclusión

La primera parte del trabajo quería resaltar aquellos problemas que surgen al tratar del Cristo sentado a la diestra de Dios Padre. No pretendemos haber solucionado los problemas. Más aún, no quisiéramos hacerlo. Después de lo dicho, el misterio sigue siendo misterioso. Sólo habíamos querido señalar su hondura y, de haberlo conseguido, estaríamos contentos. Entonces ¿para qué hemos presentado estas reflexiones? Sencillamente para plantear mejor el tema. Quisiera que, al final de esta lectura, se pudiera comprender algo mejor lo que supone la antigua confesión cristiana; para eso hay que introducirse en ella y no desmitologizarla, asumirla en su extrañeza y no volcarla en recipientes de teoría racional humana. Desde esta perspectiva trazaré las conclusiones de los temas ya esbozados.

Me ha ocupado sobre todo la *expresión personal* del misterio interpretado como encuentro entre Jesús y el Padre. Después de haber contado su historia (nacimiento, muerte, pascua) y habiéndole mostrado previamente como Hijo, el Credo afirma que Jesús ha culminado su camino en lo divino, a la derecha, en brazos de Dios Padre. Entre los dos hay una clara comunión de poder y de grandeza. Hay donación de ser y encuentro de personas. Por eso, lo que empieza apareciendo como simple meta de un proceso de historia de Jesús se ha convertido en experiencia original del ser de lo divino: la Trinidad no es sólo un movimiento engendrador (generación); ella es misterio de entrega y donación entre personas. Pues bien, la realidad de esa entrega y ese encuentro viene a culminar, de alguna forma, en nuestro tema, cuando el Cristo se ha sentado a la diestra de Dios Padre. De esa forma, el Credo nos conduce hasta la profundidad de Dios (cf 1 Cor 2, 10), más allá de lo que pueden revelarnos las cosas de este mundo.

Penetramos también en la *hondura del tiempo de Dios*. La sesión de Cristo junto al Padre no nos saca del transcurso de la historia para introducirnos en un campo de supuesta intemporalidad de lo divino. No hay tiempo sin proceso, ni proceso sin camino de realización. En nuestra perspectiva, el tiempo originario es el proceso de amor de lo divino que culmina en el encuentro ya plenicado del Padre con el Hijo. Tal es el transcurso original, mejor dicho, el tiempo fundante que, extendiéndose de origen a meta (ayer, hoy, en el futuro) puede interpretarse como eternidad divina. En esa eternidad prototemporal

está enraizado, en ella se cimenta el tiempo de los hombres. Esto es lo que pretende explicitar nuestro pasaje al presentar lo que pudiéramos llamar «kairoi» de Dios o momentos del camino de amor plenamente realizado.

También se ha planteado el tema del *espacio originario de sesión del Cristo a la derecha de Dios Padre*. El principio de relatividad de Einstein pudiera ayudarnos a evocar de alguna forma este misterio: el espacio fundante de Dios para los hombres sólo puede interpretarse en relación al tiempo. Es un espacio que se va formando en el transcurso de la entrega de Dios (generación) y que culmina en el encuentro de Jesús-Hijo con el Padre. Es un espacio de mutua comunión intradivina: espacio de entrega y apertura, de comunicación y transparencia, de acogida y creatividad que puede presentarse y se presenta como fundamento de toda la existencia de los hombres.

Situado en plano limitado, el mundo de los hombres tiene su propio espacio y tiempo como dimensión creada. Pero, penetrando en una dimensión más honda, descubrimos que la historia y vida de los hombres se halla cimentada en el espacio-tiempo del misterio trinitario: el proceso de generación y comunión intradivina aparecen por Jesús como encuadre de realización (tiempo) y como ámbito de ser (espacio) donde adquiere sentido y recibe realidad el camino de los hombres. Esto es lo que veíamos tratando de entender aquel pasaje que presenta a Jesucristo sentado a la derecha de Dios Padre.

Así llegamos al problema del principio *¿qué acción realiza Cristo sentado?* En primer lugar, realiza una acción intradivina, pues el mismo ser de Dios es un hacerse que culmina en comunión del Hijo con el Padre; pero esa acción resulta inseparable del gesto de Jesús, el hombre, del gesto de una humanidad que se ha sentado a la derecha del Padre, recibiendo honor, poder y reino (cf Dan 7, 13-14). Al llegar aquí rompemos los pequeños cauces donde estaba centrado este trabajo. Queríamos explicitar hermenéuticamente el sentido del Cristo sentado. Lo hemos hecho de manera breve. Casi sin notarlo, la hondura del tema nos ha conducido hasta el centro de la teología. Lo que quiso ser actualización clarificadora de un artículo del Credo se ha convertido en exigencia de profundización total en lo cristiano. Hemos bordeado los límites del misterio teológico, aquel lugar privilegiado donde el ser de Dios se ha introducido en nuestra acción humana, aquel lugar donde la acción del hombre está implicada en el ser de lo divino.

Con esto terminamos. Para seguir explicitando el misterio habría que trazar y resolver preguntas de mayor envergadura teológica. Tendríamos que ocuparnos del sentido del Espíritu de Dios, como espacio-tiempo de unión del Padre con el Hijo, es decir, como persona originariamente dual y compartida, como trono donde está fundamentado y donde viene a culminar el ser de Dios y el mismo proceso de la vida de los hombres. Pero baste aquí lo dicho. Quizá sirva para situar mejor el tema del Jesús sentado a la derecha de Dios Padre.

Nota biográfica

Nacido en Orozco (Euzkadi), Xabier Pikaza se ha ocupado de cuestiones de filosofía y exégesis bíblica. Es profesor de dogmática en la Universidad Pontificia de Salamanca. Ha escrito *Los orígenes de Jesús* (Salamanca 1976), *Experiencia religiosa y cristianismo* (Salamanca 1981), *Palabra de amor* (Salamanca 1983), *Fraternidad y servicio interhumano* (Salamanca 1984).